

LA

ILUSTRACION DE LA MUJER



Año I

BARCELONA, 15 DE JULIO DE 1883

Núm. 4

GALERIA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES



FERNAN CABALLERO, dibujo original de Paciano Ross.

SUMARIO.

TEXTO.—LA GRAN INJUSTICIA.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: Fernán Caballero, por N. D. de B.—ESTUDIO INTERRUPTO, por X.—EL SUPPLICIO DE ROSIBELLA, por V. M.—INTELIGENCIA Y CULTURA, por D. Nicolás Díaz de Benjumea.—REVISTA MADRILEÑA, por Doña Josefa Pujol de Collado.—LA LOCA DE LAS TRES CRUCES, por D.^a María Mendoza de Vives.—SOL PONIENTE, por D. Manuel del Palacio.—CORRESPONDENCIA DE PARÍS, por Ego.—MISCELÁNEA.—UNA ZAPATERÍA ELEGANTE.

GRABADOS.—GALERÍA DE RETRATOS DE MUJERES NOTABLES: FERNÁN CABALLERO, dibujo original de Paciano Ross.—EL SUPPLICIO DE ROSIBELLA, por Kuefeberg.—ESTUDIO INTERRUPTO, cuadro de Carlos Spielter.—UNA ZAPATERÍA ELEGANTE, dibujo de Etwall.

SUPLEMENTO.—Revista de modas y salones

FIGURÍN ILUMINADO DE PARÍS.

LA GRAN INJUSTICIA.



Como todos los juicios son orales y públicos en Inglaterra, y la prensa periódica envía sus taquígrafos diariamente á los tribunales, el público sabe de memoria, que las senten-

cias son más leves cuando el criminal pertenece á una baja esfera y está desprovisto de instrucción, y más severas cuando los reos pertenecen á la clase media ó superior.

Al pronunciar el juez su fallo contra un reo de calidad, suele añadir para enseñanza del pueblo: «Caballero, siento no poder aplicar á V. una pena rigorosa como lo exige la imperdonable ofensa que V. ha cometido. Usted pertenece á una categoría privilegiada; ha recibido la instrucción necesaria para saber llenar sus deberes en sociedad,

y por lo tanto, creo satisfecha mi conciencia de juez, aplicando á V. el mayor castigo que está en mi mano inflingirle.»

Es evidente que esta sabia práctica obedece al principio de equidad y justicia fundado en la observación de que la ignorancia es casi irresponsable de los efectos que produce, pues como dice muy bien un refrán español, *el que no sabe, es como el que no ve*. En lenguaje figurado se representa el entendimiento con ojos, dando así á comprender al vulgo de un modo tangible, que á la manera que la luz material es indispensable para que vea el cuerpo, la luz espiritual es forzosa para que vea el alma.

Consecuencia de lo dicho sobre la administración de justicia en Inglaterra, es que en el libro de las estaciones de policía, donde se anota el nombre del criminal, domicilio, clase de ofensa inferida y otros detalles, haya una casilla expresamente con el epígrafe de «educación», en la cual se apuntan los puntos que cada individuo calza en esta materia, como que de ella depende su posterior destino.

Y esto que es tan claro, tan natural y lógico, no ocurrió á los legisladores y jueces de los países donde fué general creencia, que la mujer no debe instruirse como el hombre, porque su misión está en la esfera del sentimiento y en el recinto del hogar. No entremos ahora en este terreno. Aceptemos que sea verdad la opinión antigua nacida de pueblos de esclavos, sacrificados y egoístas. Desigualadas las condiciones, y sentado por principio, que el saber está reservado al hombre y el sentir á la mujer, es inicuo igualar los sexos ante la pena. ¿Qué justicia administráis, pues, cuando se os presenta un reo, que desde su infancia sale de escuela para entrar en colegio, del colegio al seminario, del seminario al instituto, y del instituto á la universidad, sin contar con las enseñanzas preparatorias y privadas, bibliotecas y archivos donde sólo penetran los hombres, y le medís con igual rasero que á la pobre mujer, á quien por toda instrucción habréis dado algunos meses para aprender á mover la aguja, bordar unas zapatillas, rezar el rosario en coro y leer el catecismo en letra gorda?

Pero ¿y el reinado del amor? ¿Y el mundo de las aficciones, no es todo para ella?

Y dado que naciese el hombre con una piedra en la región cardíaca, ¿por qué extraña luego, que la mujer no piense más que en amores, devaneos, coquetterías, en dejar un amante para tomar otro, y en el prurito de parecer bien á todos?

El profundo Byron planteaba la cuestión magistralmente en la carta de Doña Julia á Don Juan, donde dice: «En la vida del hombre el amor es un episodio. Para la mujer es toda su existencia. El hombre tiene abiertas á su actividad la corte, el campo de batalla, la iglesia, los viajes, el comercio, las ciencias y la industria. La espada, la toga, el lucro, la gloria, llenan su pecho de orgullo y de ambición. Los hombres tienen todos estos recursos: nosotros sólo tenemos uno: amar á cada instante y perdersen siempre.»

La imaginación se extravía al pensar en los inmensos males sufridos por la humanidad, de resultas de esta base falsa en que ha descansado por tanto tiempo. De aquí no ha podido venir más que trastorno y confusión de las ideas de justicia y las nociones de moral. El daño es tan antiguo y el egoísmo de los hombres le ha echado tanta tierra y hasta flores sobre su podredumbre, que sólo así se explica que veamos do quiera sus efectos, sin acometer la extirpación de sus causas.

¡Ah! el amor, la expresión más sublime del diccionario del sentimiento, es la única ciencia, el único campo, el único terreno en que queréis que la mujer ejercite la actividad de toda su vida, y comenzáis por quitar la vitalidad al alma, para que sólo prenda y haga estragos en el corazón.

Queréis la mujer apartada de las aulas y la vida activa; que sepa pocas filosofías: tímida, modesta, inocente, candorosa, que se inflame sin saber cómo y cual la mariposa perezca en la llama sin saber por qué. Ese es el ideal, el epicureísmo del corazón del hombre. Sacrifiquemos á un manjar tan deleitoso la verdad, la razón, la equidad, la justicia, la moral, la felicidad y la defensa de la pobre mujer. Pero, cuidado, que si amando, delinque, ese es ya otro cantar. Entonces venimos nosotros á pedirle estrecha cuenta, validos de que ella no puede ocultar el cuerpo del delito. ¿No se ha visto expiar la mujer en el cadalso el delito de infanticidio, mientras el padre desnaturalizado está bebiendo alegremente con sus camaradas?

Y después de todo, las infanticidas son las más atrasadas en la ciencia del amor. No son éstas de la madera de las doctoras. La mujer que sigue vuestras teorías, hombres injustos, debe saber convertir el amor en arte. Tiempo tiene desde que entra en el mundo, para hacer su aprendizaje y concluir por una actriz famosa en el gran teatro social. Como les cerráis todos los caminos, aprenden éste á la perfección y conocen todos sus tajos y atajos, cercas y sendas, vericuetos y encrucijadas. De manera, que cuando la mujer no sepa hablaros de ciencias, ni de bellas artes, ni pueda tener dos ideas en la cabeza, esa modestia, esa santa ignorancia que os seduce, es puramente moneda falsa, porque en algo debe haber pasado el tiempo.

Lo risible en este cuadro espantoso, es el gesto de sorpresa, la cara larga que se les pone á los engañados, cuando tocan con sus manos los efectos de sus desastrosas teorías. Entonces es el maldecir de la mujer, y el arrojarle esa sarta de denuestos, que vemos consignados en los libros, y oímos en las conversaciones familiares. Pues ¿qué esperabais de tales antecedentes? ¿Cómo os asusta recojer lo que habéis sembrado? ¿Cómo queréis discreción, dignidad, sentido del deber, ocupaciones más serias y útiles, aprendidas con el mover de los pies en una cuna, el manejo de la sartén y las calcetas?

Cuanto más se mira esta cuestión, mayores males se descubren fatalmente ramificados. Urge, pues, el remedio, porque sólo restableciendo una base firme y verdadera en la organización social, puede la humanidad cumplir sus altos y nobles fines.

GALERÍA DE MUJERES NOTABLES.

FERNÁN CABALLERO.

«Hay algo en un nombre», dice Shakespeare. ¿Qué es este algo en el de la novelista insigne cuyo retrato damos en este número? Hay que advertir, que el nombre de Fernán Caballero, es pseudónimo, tan bien simulado, como los de Jorge Elliot y Jorge Sand, nombres bajo los cuales se ocultaban vigorosas inteligencias femeninas. Lo primero que nos da á entender, es que la inventora es española por todos sus cuatro costados, cosa que importaba á una señorita que llevaba el nombre extranjero de Bohl de Faber. Fernán Caballero son dos palabras que tras-

minan á España, y no así como quiera, sino á la España antigua, genuina, clásica, caballeresca y poética.

Desde la publicación de su primera novela *La Gaviota*, su argumento, personajes, descripciones, estilo é ideas, parecían tan casadas y concertadas con el nombre del autor, que el público empezó á anticiparle crédito y confianza, pensando que de nombre tan castizo, suave y hasta elegante, no podía menos de venir cosa excelente y sobre todo, condimentos á la española. Bien pobre andaba la novela en nuestra patria por aquel entonces, y la aparición de la *Gaviota* fué un verdadero regalo, seguido luego de innumerables ramilletes de igual depurado gusto, y más apreciados aún por los extranjeros, que por nosotros mismos, en razón á tener en casa los originales de aquellos retratos tan perfectos.

Quando existe una vocación marcada, luego se echa de ver en la prodigiosa fecundidad del ingenio. Fernán Caballero escribió las siguientes obras: «*La Gaviota*.—*Simón Verde*.—*La Estrella de Vandalia*.—*¡Pobre Dolores!*—*Callar en vida y perdonar en muerte*.—*Tres almas de Dios*.—*Más honra que honores*.—*Lucas García*.—*Obrar bien que Dios es Dios*.—*El dolor es una agonía sin muerte*.—*Cosa cumplida*... sólo en la otra vida. —*La familia de Alvarada*.—*Clemencia*.—*Elía*.—*Una en otra*.—*Deudas pagadas*.—*Un verano en Bornos*.—*Lágrimas*.—*Vulgaridad y nobleza*.—*El último consuelo*.—*Dicha y suerte*», además de una abundante colección de artículos religiosos y morales.

Todas estas obras respiran entusiasmo ardiente por las costumbres, creencias, tradiciones, sentimientos y carácter del pueblo español, donde más genuinamente se contiene. Fernán Caballero ve que todo lo antiguo empieza á transformarse, desde la creencia en Dios á puño cerrado, hasta las cosas más triviales de la vida, y enamorada de lo que se va, parece que quiera detenerlo siquiera para esculpirlo fielmente con su gráfica pluma. Las obras de Fernán Caballero, son en cierto modo, un *Folk-Lore* andaluz puesto en acción. Por eso las estiman tanto los hispano-filos de otros países, y aparte de su gran mérito artístico, sobre el cual no puede haber conflicto alguno de opiniones, son muy elogiadas por las personas que juzgan mejor lo pasado que lo presente.

Los apóstoles del progreso no pueden menos de reconocer, por lo menos, que en la sociedad pintada por Fernán Caballero, había sugeto de belleza. Debemos, por tanto, agradecer á la escritora que tan bien supo observarla, esos delicados y sencillos cuadros con que nos cautiva, y que no podrían haberse pintado sin una especie de fanatismo religioso y nacional.

La Providencia ha dispuesto, que el modo de ser de la España de Fernán Caballero, vaya adulterándose de día en día hasta el punto que, dentro de algunos años, parecerán distintas, la España real y la España pintada en sus novelas. Razón más para que la miremos como una artista providencial. Hoy se acostumbra en las capitales civilizadas, á llamar á los fotógrafos para que saquen vistas de los célebres edificios ruinosos, que por conveniencia pública deben venir al suelo. Fernán Caballero hizo esto con la España de la primera mitad del siglo presente. Quien quiera ver lo que éramos, decimos mal: quien quiera frecuentar trato con españoles rancieros, andaluces graciosos, labriegos sencillos y muchachas naturalotas, en las páginas de Fernán Caballero los hay vivitos, que parece que respiran y se mueven de veras, que es cuanto más puede ponderarse el mérito de un pintor de tipos y caracteres. Roque la Piedra, Lágrimas, Don Jeremías, Don Fernando, Marcos Ruiz, Don Perfecto Cívico, Don Benigno, Marisalada, y ¿á qué cansarnos? todos los personajes de su teatro social y doméstico tienen un relieve tal, que jamás se olvidan, y llegan hasta á aparecernos en sueños, como si hubiesen tenido forma tangible.

Fernán Caballero falleció en Sevilla, su ciudad favorita, en 1877, á una edad bastante avanzada. Una lápida recuerda su modesta mansión; pero su alma, su imaginación poética, sus sentimientos delicados, sus nobles aficciones, su perspicaz ingenio y la gran bondad y dulzura de su carácter inscritos están de una manera indeleble, en sus obras inmortales, que son orgullo de españoles y admiración de extranjeros.

N. D. DE B.

EL ESTUDIO INTERRUPTO.

Hubo una época, y no muy lejana, en que los escritores humorísticos y satíricos, se despacharon á su gusto con las familias que, rompiendo la antigua rutina, salían á veranear. El atraso en que se vivía, hizo que las madres, previsoras en extremo, y de un sentido más naturalista que los maridos inficionados con la vida artificial de las capitales, pretextasen

cualquier achaque ó enfermedad (generalmente la de los nervios), para obtener el consenso de un discípulo de Hipócrates, y trasladarse de las estrechas jaulas en que vivían con su prole, al gran palacio y jardín de la naturaleza.

Demos, pues, las gracias, á la mujer, que con una perseverancia heroica, afrontando epigramas, alusiones, pullas, indirectas y toda suerte de picoteo de los gavilanes de plumas de ganso, lograron alcanzar un baluarte higiénico, un respiro, una tregua provechosa para la salud, huyendo de las poblaciones para refugiarse en el seno amoroso de la madre naturaleza.

Hoy resulta que los baños es lo de menos, cosa reservada á cierto número de pacientes; pero que el cambio de vida es lo más, porque esto implica una transformación beneficiosa á todo individuo que por exigencias sociales vive quebrantando diariamente los diez mandamientos del sentido común.

Pero hay más. La necesidad de excursiones veraniegas podría no ser tan apremiante en otros tiempos como lo es ahora que la civilización va extendiendo su provechoso influjo. Figurémonos que es lo que podía hacer una familia en un lugar balneario hace cincuenta años. En primer lugar no había acomodo doméstico, no había correos, por consiguiente, carencia de periódicos y lazareto absoluto respecto al resto de la humanidad. Después de bañarse se sentarían á murmurar ó á rezar el trisagio de Isaías, y aquí paz y después gloria.

¡Cuán diferente es lo que vemos hoy! ¿Dónde más animación y movimiento que en esos lugares, antes olvidados y oscuros, que renacen y crecen al tocarles la vara mágica del mundo elegante y distinguido? ¿Qué mejor ni más decoroso é insensible método de educar, y elevar al nivel común, que las peregrinaciones de las gentes ilustradas á diversos puntos antes extraños á las corrientes de la civilización?

Enfermos y sanos todos conspiran á esta obra; pero como en estos paréntesis de la vida cívica, brillan por su ausencia las cortes, los tribunales, los ministerios, las oficinas, y todo lo que en las ciudades contribuye á dar autoridad y supremacía á los hombres, resulta que en todas las épocas de verano la mujer cobra su ascendiente y predominio. Ella es la que manda, la que brilla y la que dispone de todo como dictadora absoluta. Si hay giras de campo no puede pasarse sin ella. Si se quiere un rato de baile ella es la primera actriz. Si se proyectan juegos de prenda u otros entretenimientos, ella es la protagonista. Al pensar en música hay que contar con las voces de ángeles antes que con las secas y carraspeñas de los hombres. ¿Se piensa en una cabalgata? La mujer se convierte en amazona. ¿Se proyecta una regata? La mujer sabe ir al remo como el primer marino del mundo.

Pero no es esto solo. El día es largo, el campo convida con sus paisajes como el mar con sus inmensas perspectivas. Por fortuna, la mujer de educación esmerada ha acometido la hombruna tarea de retratar el ramaje de los árboles, el azul del cielo, los matices de las flores.

Sobre viene uno de esos días de dulce y tranquila calma, en que nuestros abuelos se echarían á dormir la siesta canónica, y hé aquí que dos jóvenes, ¡qué horror! preparan su lienzo, su caja de pinturas y su quita-sol, y se van á lo más espeso de un hermoso bosque, á retratar las bellezas con que brinla á una mirada artística.

¡Dos señoritas doncellas y solas en el campo! ¡Qué más querían Lope de Vega, Calderón, Rojas y consortes para argumento de sus piezas?

Pues nada, las dos jóvenes instalan su estudio, comienzan á pintar, descansan y trabajan según les acomoda, y ni viene ningún Don Juan á robarlas, ni se asoma ningún José María á pedirles la bolsa ó la vida. Sólo dos ciervos que no sospechan la proximidad del sér humano sin ruido, se acercan al improvisado taller, que las dos artistas, movidas por la curiosidad dejan su pincel y lápiz y van á cerciorarse de quienes son los turbadores del reposo.

Es posible, que allá á lo lejos, brille á los rayos del sol la escopeta de algún galán, que va por su lado á pasar el día, y que entre el portador del arma de fuego y el fuego que pueda arder en alguna de las dos paisajistas, haya cierto punto de contacto, pero el autor del cuadro que nuestro grabado reproduce, no autoriza á hacer estas suposiciones. Aquí no se ven más que dos ciervos, y estos animales son emblema de la timidez.

X.

EL SUPPLICIO DE ROSIBELLA.

TRADICIÓN ROMÁNTICA.

—¿Qué hace ese buen fraile, tan tranquilo en la apariencia, que nos hace creer que está bendiciendo rosarios, ó leyendo alguna pastoral de Obispo á las buenas de las monjas?

—Pues la bicoca de leer el oficio de difuntos á una monja á quien van á enterrar viva en lo mejor de su edad.

—¡Jesús, María y José!

—No hay que asustarse, porque eso pasó hace muchos siglos, en tiempos en que la humanidad tenía un amor al prójimo tan acendrado, que el atormentarlo, quemarlo, descuartizarlo y emparedarlo pasaba por otras tantas finezas y prendas de cariño.

El autor de la escena representada en nuestro grabado, no pinta del todo de memoria. Cerca de Nantes existen las ruinas de un monasterio llamado de la Adoración, y en la parte exterior aun se ve el agujero conocido con el nombre de tumba de la monja,

porque allí fué emparedada la infeliz Sor Pantaleona, joven de extraordinaria hermosura.

En las crónicas referentes al pueblo de Nantes, famoso hoy por sus conservas de sardinas, se relata este suceso, diciendo el como esta esposa del Señor, llamada Rosibella cuando vivía en el mundo, fué hija de un escritor de Nantes, y de tan hermosa presencia, que todos cuantos la veían, de ella quedaban enamorados. Viola un día un rico caballero llamado Maltebrun, y quedó ciego de amores; mas la joven quería más á un apuesto y gentil paje, de su misma edad, que estaba al servicio del caballero Maltebrun.

Un día sucedió, que sin saberse cómo, cayó el paje del terrado del castillo y quedó muerto instantáneamente, por cuyo suceso le entró tal tristeza á Rosibella, que no quiso más vivir en el mundo y fué á acabar sus días al convento de la Adoración.

A poco de estar en él, notaron las monjas en su celda cosas sospechosas que las pusieron en guardia. Un día hallaron un guante de caballero, muy ricamente bordado; otro, una joya de oro; después encontraron una banda de terciopelo. A las preguntas que le hacían contestaba Sor Pantaleona, que ella no sabía cómo las dichas prendas se habían entrado por su celda. No obstante, minuciosamente reconocidas vieron que pertenecían al caballero Maltebrun.

Una noche en que las monjas estaban al acecho, dícese que oyeron clara y distintamente la voz de un hombre en la celda de Sor Pantaleona, y forzando la puerta, penetraron en la habitación, sin que hallasen hombre alguno más que á la monja, que estrechaba con sus manos la reja de su ventana como una loca, y contaba que el diablo, en cuerpo y alma, había estado sentado en la parte de afuera de la zelosía, llamándola otra vez al mundo y diciéndola palabras cariñosas.

En resumen, las monjas vinieron de indicio en indicio á la conclusión de que aquella reja se había abierto ya varias veces, y que el dueño de los objetos encontrados era el amante de la monja. Toda esta masa de chismografía pasó á conocimiento del tribunal competente, el cual, oídos los testigos, condenó á la culpable á ser enterrada viva dentro de uno de los muros de la Iglesia.

Respecto al caballero Maltebrun nada pudo hacerse, porque en aquellos días desapareció. La sentencia de la monja se ejecutó en la tarde de un viernes del mes de Mayo, según la crónica de Nantes, y es la escena representada en nuestro grabado. El agujero está ya practicado en el muro, y el alarife con la piqueta en la mano sólo espera que el fraile tome de la mano á la infeliz Pantaleona, que ante él está hincada de rodillas y sostenida por una compañera, para embutirla en la pared al compás de las irónicas palabras de «*vele en paz.*»

Entonces le darán un jarro de agua y una cesta de provisiones, para mayor escarnio, y se cerrará para jamás abrirse el paso á la prisión oscura donde la asfixia es inmediata.

Tal es la historia de este espantoso hecho, que hoy nos llena de pavor y entonces se miraba como cosa corriente. Sor Pantaleona, juiciosamente pensando, murió víctima de la envidia ó de la venganza. Es probable que el caballero Maltebrun, resentido porque prefirió á su paje, quiso perderla, y logró con trazas, introducir aquellos objetos de su propiedad en la celda de la desdenosa monja, y hablar junto á la reja para que las otras monjas creyesen que hablaba un hombre dentro del aposento. Lo demás lo forja la imaginación y la mala voluntad de las hermanas, envidiosas de la hermosura de Pantaleona.

Es, sin embargo, muy raro, que al restaurarse la iglesia, hace unos treinta años, se hallasen en el interior del muro dos esqueletos, uno de hombre y otro de mujer. Esto sólo puede explicarse, admitiendo que la pasión del caballero Maltebrun era tan intensa, que halló modo de meterse en la tumba que se abría, sin que nadie lo viese, por el gusto de morir junto á la mujer que tanto había amado.

V. M.

CIVILIZACIÓN Y CULTURA.

Hé aquí un tema brillante para ser desarrollado en las páginas de la ILUSTRACIÓN DE LA MUJER. Viene tan de molde como á los autores dramáticos el hijo de un príncipe robado en la cuna por bandidos ó hechiceras. Tiene la ventaja de la actualidad, porque si preguntamos á los cajistas de imprenta, qué palabras les son más familiares, os dirán que civilización y cultura son como el pedal ó la quinta de toda composición literaria. Tiene además el aliciente, de que pocos saben lo que es cultura y civilización, y como esos pocos no han de leer mi trabajo, puedo despacharme con toda la libertad y bríos que inspira la ignorancia.

Pido la pluma para una rectificación. La palabra «ignorancia» no ha de entenderse así como suena. No quiero parecerme á esos académicos y oradores, que empiezan sus discursos arrastrándose de modestos y confesándose ignorantes del asunto que traen en lengua ó en manos. Yo no sé mucho del tema de *civilización y cultura*; pero sí lo bastante para aderezar un artículo, ó echar un párrafo de conversación con mis interesantes lectoras.

Y á propósito. Debió haber llegado á oídos de algunas, que iba yo á tratar de este asunto, porque en una de las muchas cartas con que los directores de periódicos solíamos ser favorecidos, hay un párrafo que dice: «En caso de que V. hable de civilización y cultura, no olvide V. decir, que la capital de Cádiz tiene el dictado de *culta* por excelencia, y de época tan remota que se pierde en la noche de los tiempos,

pues consta que cuando los fenicios llegaron á España, hallaron en Gades toda suerte de comodidades en las fondas y el mejor acogimiento de parte de las gaditanas. Los romanos y cartagineses también se hacían lenguas de su trato fino y del paseo del Peregil, donde lucían las damas sus esbeltos talles. Finalmente, los bárbaros primero, y los moros después, quedaron encantados de las maneras finas, y la ausencia de vulgo ó pueblo bajo que se notaba en sus plazas y calles.»

Algo cierto debe de haber en esto, porque los habitados á la lectura de periódicos, no podrán menos de recordar la frecuencia con que los de dicha localidad repiten la «*culta Cádiz*», como se dice la *imperial* Toledo, la *real* Burgos, u otro dictado oficial por el estilo. Como yo no he de establecer diferencias ni engendrar rivalidades entre las poblaciones de España en este asunto, cumplo con transcribir el párrafo en justa deferencia al ruego de una dama, y sigo con mi cuento.

Civilización y cultura son voces usadas como equivalentes para elogiar á un pueblo sin tenerse en cuenta que puede existir la primera sin la segunda, y no cabe cultura sin civilización. Para hablar en el moderno *cultismo* ó culteranismo de muchos de mis colegas, diría que una nación vestida de levita es civilizada, y con frac, corbata y guante blancos, ya es una nación *culta*.

Pero no anticipemos las cosas, empezando por el fin; ni hagamos tampoco indigestos prólogos con excursiones históricas á Egipto, Grecia y Roma. Yo pienso dejar en paz y reposo á estas naciones, lo cual no es pequeño sacrificio.

Civilización y cultura son además cosas que no pudieron conocerse en épocas y naciones donde no había periódicos, ni se tocaba el piano, ni se usaban pinzas para poner el azúcar en las tazas. Con todo eso, algo hay que decir por vía de exordio, y para hacer gala de erudición. Las palabras en literatura, deben ser *presentadas* á los lectores, como las personas en sociedad, para que se sepa de dónde vienen, quiénes son sus padres y á qué familia pertenecen. Civilización, nos dicen los genealogistas, viene de *civitas*, voz latina, que significa ciudad, y madre de todo lo civil, inclusa la guardia.

Mientras el hombre anduvo errante, de Ceca en Meca, ó de choza en cabaña, sin más ajuar que el petate de D. Fermín, ó sea lo puesto, no pudo haber ni asomos de esa fruta. Pero creció Cain, se metió en negocios: hízose ingeniero y empezó á construir ciudades por esos mundos, y ya tuvo que haber ciudadanos, y cosas cívicas, y actos civiles, y, en su consecuencia, principios de civilización.

De modo que lo que parecía tan nuevo, se usaba ya seis mil años antes de la invención de los candiles. Por eso me repugnan los estudios de erudición. No hay cosa nueva para los señores rebuscadores de legajos y pergaminos viejos. Hasta el teléfono, que es de lo más fresquito, hay quien dice que fué conocido en lo antiguo. Conozco á un escritor empeñado en probar que el bolero, cantado hoy por los flamencos, es tan antiguo como el primer hombre. El día en que Adán y Eva salieron del paraíso, nuestro primer padre se halló en la situación que pinta el refrán:

«Cuando el español canta
O rabia ó no tiene blanca.»

¿Qué había de hacer el desdichado? Pues nada, componer un bolero alusivo á las circunstancias de su desnudez, y endilgarle á su compañera la siguiente copla:

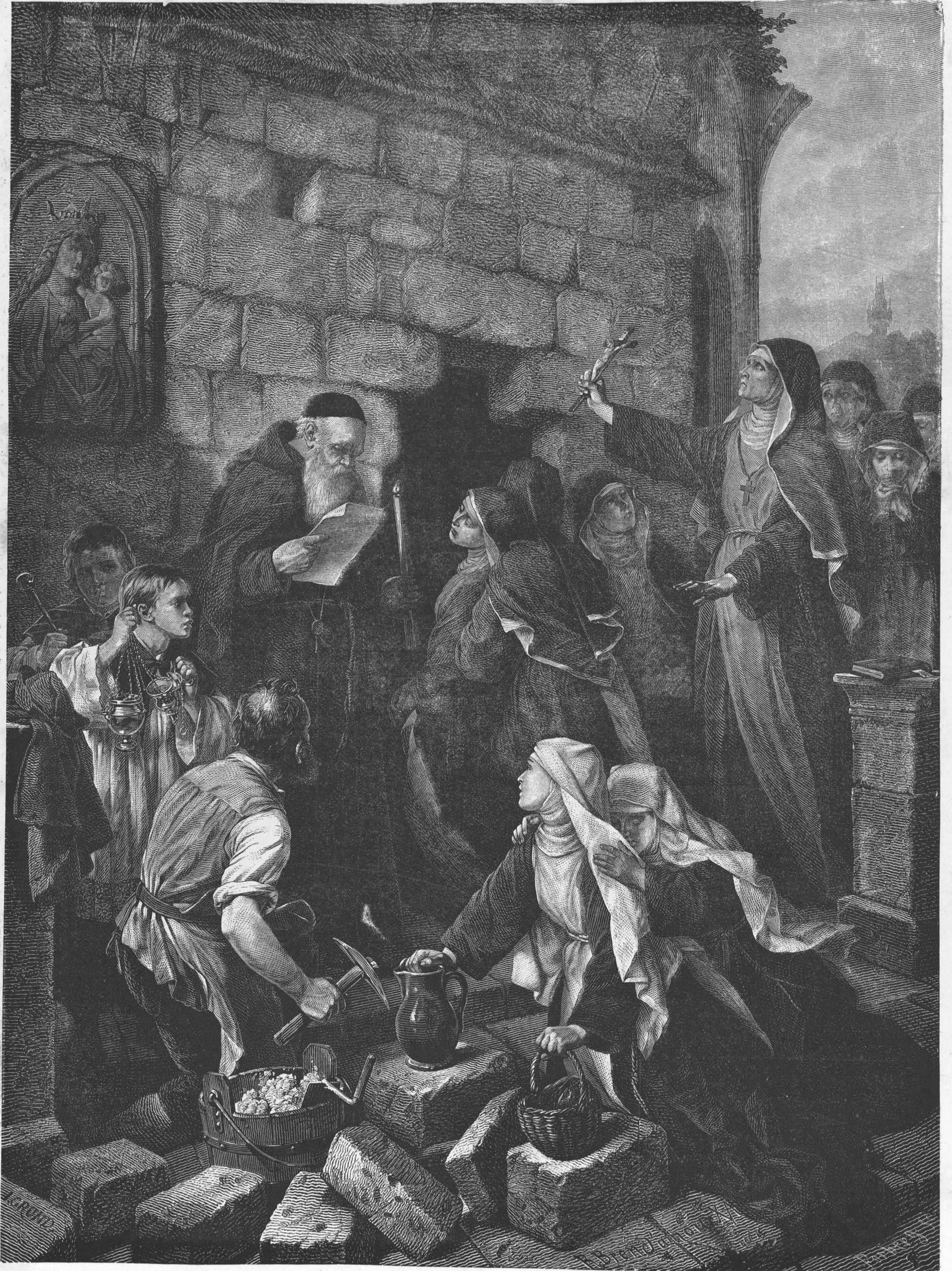
Buenos hemos quedado,
Cara costilla:
Para que otra vez juegues,
Con manzanitas.
E ¡adelante,
Tu tendrás tu modista,
Y yo mi sastre.

Pero volvamos á nuestro asunto.

Aunque haya habido ciudades del lujo, tomo y lomo de Babilonia, Ninive, Pérgamo, Tebas, la de las cien puertas, y cortes como la de Cleopatra y Xerxes, no puede llamarse en rigor civilizado á ningún pueblo de la historia antigua. El vivir en ciudad no basta para merecer ese título, pues, entonces, como ahora, había muchos alcornoques y acémilas en dos piés avecinados en poblaciones. Es como llamar hoy á un individuo «*enclubado*» ó «*encasinado*», por ser socio de estas asambleas: lo cual no aumenta ni disminuye su grado de instrucción ó de finura.

Tampoco hay derecho, en absoluto, para honrar con el adjetivo de civilizados, á todos los pueblos modernos, que no se comen á sus semejantes ó andan con el traje del paraíso. No obstante, nada es más común que ensalzarnos, poniéndonos en comparación con los salvajes, lo cual proviene de no entender el alcance de la voz civilización en el concepto en que hoy debe usarse. Poco importa que tenga una nación brillante corte, luzcan en ella los palacios, se viaje en ferrocarril, se alumbré con luz eléctrica, y abunden los letrados como los mosquitos. Estas son puras formas que pue le revestir un pueblo semi-salvaje. Civilización es algo más que todo esto. Mientras haya falta de instrucción en las clases, justicia tardía ó venal, criminales impunes, vejaciones de todo género, indiferencia ante el mal del prójimo, y mengua del derecho inherente á todo individuo, estará á mitad del camino de la civilización.

Basta esto para comprender, que *cultura*, expresión tan gastada en nuestros días, es un grado más alto en la escala del refinamiento social. Es, en efecto, la expresión más completa del adelanto simultáneo en todas las esferas y direcciones: el toque final de perfección en la vida, usos y costumbres de un pueblo. Realmente nos expresamos mal al promiscuar estas dos voces. Una nación no puede ser *culta*,



EL SUPPLICIO DE ROSIBELLA, por Kuefeber.



ESTUDIO INTERRUPTO, cuadro de Carlos Spielter.

sin ser civilizada. Usando, pues, de una palabra, podemos ahorrarnos la otra. Por el contrario, hay muchos pueblos que son civilizados y no han llegado aún a ser cultos.

Por supuesto, que al dar hoy el dictado de culta á una nación, hacemos lo que el pueblo de ciegos del refrán, eligiendo á un tuerto por rey. Estamos aún muy en la infancia de la vida cívica ó social para poder llegar á la perfección que supone la palabra cultura. Gracias que con suma indulgencia y haciendo la vista gorda, se pueden citar dos ó tres naciones cuando se habla de países civilizados, y eso que leyes, instituciones y demás organismos pueden transplantarse á cualquier nación, de golpe; como familia plebeya que de la noche á la mañana alquila un palacio y le adorna á la moda. Pero ¿y las maneras? ¿y el modo de recibir á las visitas, dar convites y practicar todos los actos y ceremonias impuestos á los amos de una casa?

Esto que para individuos es cuestión de años, para las naciones es cuestión de siglos. Los pueblos de Europa no eran menos civilizados hace cincuenta años, que lo son hoy. Sin embargo, hace medio siglo, se insultaba á los extranjeros en las capitales más populosas, prueba de que no conocía el vulgo, ni las primeras letras del alfabeto de la cultura.

Lo dicho basta para conocer la diferencia esencial entre civilizado y culto. La civilización se refiere á las naciones y estriba en sus organismos políticos, jurídicos y sociales. La cultura tiene que ver en los individuos en particular, y se refiere á las maneras, modales y formas con que se mueven dentro de esa organización. La civilización es obra de todos y se extiende á todos los hombres de instrucción mediana. La cultura es obra de las clases altas: empieza por un reducido círculo y se va extendiendo poco á poco hasta llegar á las clases inferiores.

Como quiera que no hay una nación actualmente, donde todos sus individuos hayan aprendido las formas refinadas y elegantes de buena sociedad no hay en rigor un pueblo que merezca el nombre de culto, sino de una manera relativa. Allí donde haya menos pueblo bajo, soez y brutal hay mayor cultura, y en este sentido tiene razón nuestra interesante suscritora, que habla en favor de la culta Cádiz.

Este asunto es como los buenos toros de plaza que dan mucho juego. Por lo tanto, procuraremos lidiarle según las reglas, á ver si conseguimos agradar al público y especialmente al de los palcos y barandillas.

NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA.

REVISTA MADRILEÑA.

La verdadera vida de que disfruta Madrid en verano, no ha empezado todavía; para que se inaugure definitivamente es preciso que emigre del todo la colonia emigradora por excelencia, y que queden tan sólo entre nosotros, los que se quedan siempre, á fin de que, cada uno concurre y preste vida á sus habituales círculos.

Actualmente no se oye hablar más que de San Sebastián, Biarritz y Cauterets, puntos hacia los cuales convergen todas las miradas, y por más que los *matiners* campestres de los lunes en casa de los Sres. de Osma, las tertulias de confianza los martes en casa de los condes del Asalto, las comidas los miércoles en el hotel de Ruiz y el diario tresillo en casa de los condes de Heredia-Spinola, sostienen algún tanto la animación habitual en los altos círculos madrileños, con todo, es asombroso el movimiento de viajeros que se opera. La duquesa viuda de Bailén va á San Sebastián, disponiéndose á hacer lo propio los marqueses de la Laguna y los duques del Infantado, los barones de Sangarrén se dirigen á Cestona, á Urumea los Sres. de Lasala, á Amsterdam el ministro de Holanda y Mad. Seilern, y á San Juan de Luz los marqueses de Roncali, con varias otras distinguidas familias madrileñas.

Muy pronto Madrid, abandonado por su brillante aristocracia, sufriendo los ardores del implacable sol de Agosto, en medio de las áridas llanuras que le rodean, ofrecerá la imagen desolada de un pobre penitente que arrodillado en las ardientes arenas del desierto sufre resignado y envía como holocausto á Dios los rigores del presente estío, en justa expiación de su tumultuosa y loca vida de invierno.

Todas las reuniones que dan en su *hotel* de la Castellana los marqueses de la Puente y Sotomayor, tienen el envidiable privilegio de cautivar la atención pública durante algunos días; por eso, sigue hablándose todavía en los altos círculos de la última y espléndida fiesta que dieron los mencionados señores á la nobleza española, en una de las tardes del pasado mes de Junio, á título de despedida hasta la próxima campaña de invierno, puesto que los señores de Osma se preparan para realizar su proyectado viaje á Alemania, durante la época de los calores.

El sol se inclinaba lentamente hacia el ocaso rodeado de tornasoladas nubes, la diosa de la noche oculta en el plateado disco de la luna se disponía á extender una de las puntas de su negro manto sobre la coronada villa, los bulliciosos pájaros modulaban sus más dulces trinos saludando al agonizante día, cuando el *hotel* de Osma rebosaba por todas sus avenidas inmensa falange de elegantes convidados, torrentes de embriagadoras notas, ráfagas de luz y cuadros llenos de animada poesía.

En el *perron* del hotel se distinguían numerosos lacayos vistiendo la librea azul de la casa, en las sutuosas estancias, en el jardín, en la estufa, en la huerta, en todas partes, hallaban los convidados motivo para manifestar su admiración y apreciar el

raro tacto, el buen gusto artístico, la esplendidez con que disponen siempre sus fiestas, los amables marqueses de la Puente y Sotomayor.

Además de SS. AA. las infantas D.^a Isabel y Doña Eulalia, asistieron las duquesas de Osuna, Alba, San Carlos y Veraguas, las marquesas de Campoverde, Valdura, Hayos, Sierra Bullones, Martorell y Torrecilla, las condesas de Queinadas, Peña-Ramiro y Villapaterna, Señoras y Señoritas de Gor, Cárdenas, Macedo, Ferraz, Roca de Togores, Sandoval, Corona, Saavedra y muchas otras que en este momento no recordamos.

La orquesta saludó la entrada de las hermanas del rey con los acordes de la marcha de infantes. Acompañaban á las augustas personas la marquesa de Nájera, la condesa de Superunda y un gentil-hombre de servicio. Previa la venia de SS. AA. se organizó el rigodón de honor que bailaron la infanta D.^a Isabel con el marqués de la Puente y la infanta D.^a Eulalia con el marqués de Malpica.

Vestía la hermana mayor de nuestro joven monarca, un precioso traje *ombré*. D.^a Eulalia uno de tul blanco lindísimo, sombrero adornado de rosas y lucía además un rico abanico de plumas, regalo reciente de la joven princesa de Baviera.

La fiesta fué en un todo espléndida y deja gratos recuerdos tras de sí: en breve aquellos artísticos salones como todos los demás donde ha lucido sus atractivos la aristocracia madrileña durante el invierno, quedarán desiertos, y la brillante multitud que antes los invadiera, correrá afanosa á pintorescas y rumorosas playas, ávida de dilatar con más puro aire los oprimidos pulmones, quedando sólo en Madrid esa parte numerosísima de la población, que no contando con lo necesario para permitirse el lujo de salir á baños, se ve precisada á sufrir resignada los calores propios de la estación.

La sociedad *Fomento de las Artes* es incansable en cuanto se refiere al fin que lleva por lema. Si alguien dudara de la actividad que tan notable corporación despliega, le bastaría para convencerse de ello, fijarse en la exposición abierta há breves días, en el local que en la calle de la Luna, ocupa dicha corporación.

Ricardo Benavent y T. Calamita han expuesto unos notables paisajes, Angel Vega, Castro Izquierdo y Angel Zapatero, variedad de capiteles, y preciosos jarrones José Castro y Ruíz Medrano.

Los trabajos caligráficos y los dibujos figuran en mayoría, distinguiéndose una cabeza de mujer, de Sánchez y varios bustos y figuras de los Sres. Mérida Alvarez, Luque y García.

Nuestros plácemes á los Sres. Vidal, Campesinos, y Villaciérgos por sus esfuerzos en pró de la enseñanza y el mejoramiento de la clase obrera.

La *Academia de Bellas Artes de San Fernando* ha celebrado brillante sesión pública, para dar posesión de su cargo al nuevo académico D. Benito Soriano Murillo.

Presidió la sesión el señor ministro de Fomento, y el académico electo leyó un notable discurso acerca de la influencia que las artes ejercen en la civilización de los pueblos, demostrando con multitud de datos, con sencillez y culta forma literaria, que sin el auxilio de las bellas artes jamás alcanzaron los pueblos, lo mismo los antiguos que los modernos, la fuerza necesaria para responder á las necesidades de las varias civilizaciones que se han sucedido en el mundo.

Remontándose á la antiquísima India, asistiendo á sus primeras manifestaciones artísticas, deteniéndose luego á considerar con poética valentía el arte griego, para venir luego á parar á la época del Renacimiento, demostró con elocuencia el Sr. Soriano Murillo que sólo la influencia artística pudo suavizar la dureza del feudalismo, educando á las razas y ofreciendo eternos ideales á la humanidad en el transcurso de los siglos.

El distinguido escritor Sr. Cañete fué el encargado de contestar al Sr. Soriano, y lo hizo reconociendo en el nuevo académico los méritos que le hacían acreedor al puesto que pasaba á ocupar, siendo aplaudidos ambos discursos por la numerosa concurrencia que llenaba el local, entre la cual figuraban las señoras en respetable y escogido número.

No es este el tiempo más apropiado para la publicación de libros, puesto que el movimiento intelectual se acentúa con más vigor durante el invierno que en verano; con todo, hé aquí la lista de libros recientemente publicados que han llegado á mi noticia:

El doctor Centeno, segundo tomo de la notable novela que con creciente éxito viene publicando el conocido escritor D. Benito Pérez Galdós.

La Radiofonía, por D. José Rodríguez Mourelo, notable estudio sobre una nueva propiedad de las radiaciones, con una carta del Sr. Echeagaray, y además:

El Vierzo, su descripción é historia, tradiciones y leyendas, por D. Ildefonso Llorente y Fernández.

El Sr. Ducazcal, empresario de los jardines del Buen Retiro, es el modelo de empresarios activos, habidos y por haber. No contento con proporcionar á cada momento nuevas diversiones y sorprendentes espectáculos al público que de grave y sesudo se precia, acaba de instalar en los jardines y allí donde antes estaba situado el antiguo billar, un teatro infantil, una verdadera compañía de brillantes *fantoques*.

Es de suponer que el Teatro infantil va á dar pingües resultados á Ducazcal, si nos atenemos á lo concurrido que se halla, á pesar de los pocos días con que cuenta de existencia. No hay comparación posible entre los maltratados *fantoques* del Teatro Gignol, y los aristocráticos *fantoques* del Buen Retiro. *Esto matará aquello*, decimos nosotros parodiando una célebre frase de Víctor Hugo, por más que en la presente ocasión, no se trata de asuntos tan trascendentales como los que preocupaban á Claudio Frollo y á sus ilustrados visitantes; ahora se trata de cosas de menor monta, de unos *fantoques* nuevos, elegantes, y si se quiere artísticos, puestos en parangón con otros pésimamente modelados y peor vestidos, cansados ya de dar y de recibir capirotaos y de provocar la franca hilaridad de la infantil concurrencia.

Se ha desarrollado de un modo notable la afición á los *fantoques*; los niños y aún los que no lo son, se ríen de esos maniqués sin voluntad propia.

Con todo, ¡cuántos *fantoques* hay en las modernas sociedades que no han pisado nunca los reducidos escenarios del Teatro infantil y del Teatro Gignol, moviéndose á pesar de ello sin voluntad propia y obrando siempre por virtud de ageno impulso!

Pero no divaguemos, tomemos la sociedad tal cual es y examinándola por un momento bajo su aspecto más frívolo, diremos, que á la inauguración del Teatro infantil asistió numerosa concurrencia, la cual tomando por pretexto divertirse á los niños, se rió grandemente con las *monerías* del *Gran Turco*, el mayor *fantoque* que posee el Teatro infantil.

Ahora que todo obedece al impulso poderosísimo de la competencia, verdadera fuerza impulsiva del progreso artístico é industrial, otra nueva competencia se inicia entre las dos compañías de *fantoques*, pero no es difícil adivinar de quién será el triunfo; no cabe comparación, ya lo hemos dicho, entre el aristocrático Teatro infantil del Buen Retiro y el microscópico y destartado Teatro Gignol. Lo bello vence siempre, y se impone por una ley ineludible, la ley del buen gusto.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid 8 de Julio de 1883.

LA LOCA DE LAS TRES CRUCES.

(HISTORIA DE NUESTROS DÍAS).

I.

El otoño entreabría sus primeras flores, la locomotora cruzaba los llanos de Vich, augurando á los pueblos de la línea una era de animación y prosperidad, que borrara por completo las recientes huellas de las últimas guerras civiles.

Dejando atrás las empinadas cordilleras que hacia el norte limitan el espacio y sirven de fondo al paisaje, y en las que se destaca á modo de ancha meseta el castillo de Uris, y algo más bajo en la cuesta de vecina altura el picacho denominado *lo terrat de Can Sastre*, célebres ambos en la guerra de los siete años, el primero por el terrible juramento de los ochenta arrastrados por Ventosa de Olot á defensa temeraria, y el segundo por haberle coronado el Barón de Mer en medio del silencio y oscuridad de una noche con la elocuente boca de fuego que hizo rendir á aquellos ilusos, veíanse dos hombres de buen aspecto que del castillo bajaban y hacia el valle se dirigían.

Frisaba el uno en los cuarenta, era de mediana estatura, algo obeso, de cuello corto, tez morena con barba cerrada y magníficos ojos pardos. Vestía traje de cazador, llevaba al hombro escopeta de dos cañones y precedíale avanzando y retrocediendo y husmeando aquí y allá, como si caza buscara, galgo corredor de un blanco perla con las orejas negruzcas y los ojos color de topacio.

Mucho más joven el otro, alto, esbelto y de figura distinguida, tenía sin embargo en toda ella esa tiesura y rigidez que cierra por el pronto las puertas á la confianza. Era blanco cual la leche y rubio como el trigo candeal, aunque en aquel momento por efecto del calor, pues el día estaba bochornoso, bañaba su semblante esa tinta rojiza que toma á veces el Oriente al paso de la aurora. Ornábanle el rostro grandes y bien cuidadas patillas, dejando al descubierto la barba algo saliente y una boca de labios finísimos y de cáustica y burlona sonrisa, en perfecta armonía con la mirada penetrante de sus ojos verdes.

Llevaba traje completo de dril claro, corbata azul, gorra con visera de charol y funda y cogotera de lienzo blanco, y debajo del brazo ancho álbum de dibujo. Llamábase este joven Mister James Blackstone, era inglés, algo artista y amante de los viajes; venía de recorrer mucha parte de Andalucía, de la que trajera hermosas vistas y entre otros objetos, un feísimo calañés de los llamados de catite, rica faja de seda amarilla y polainas de becerro blanco primorosamente respunteadas de colores. Con estas prendas que constituyeron por algunos días todo su encanto, habíase engalanado varias veces, luciendo las polainas y la faja por cima del elegante pantalón negro y aristocrático frac, y el calañés apartado de la frente y pasado el barbuquejo para que no le cayese de la cabeza. Con tan heterogeneo atavío galardeose y galopó en buenos potros cordobeses por las alamedas de Málaga, las Delicias de Sevilla y la Carrera y Cármenes de Granada. Ora, más convenientemente vestido, encontrábase en Cataluña cuya historia y guerras no le eran desconocidos, y cuyos sitios de más importancia en ellos deseaba conocer. Ya con verdadero entusiasmo y fruición artística había admirado el Monasterio de Ripoll, joya del arte bizantino ó sea románico como llamamos hoy, fundada por Recaredo, renovada y enriquecida por Vi-

fredo el Velloso y otros condes soberanos, para que fuera en el siglo de los grandes adelantos y maravillosos descubrimientos entregada al escarnio, la rapiña y el fuego por un populacho desenfrenado y cruel, que como las heces de las aguas aposadas, sube á la superficie en los días de tempestad.

Hermosos y variados objetos para enriquecer su álbum dieron al inglés el rosetón de la grandiosa portada y los abacos y capiteles de las columnas del magnífico aunque ruinoso claustro.

Encariñado con esas bellezas y ganoso de visitar antes de pasar adelante otros valles del Ter, el castillo de Uri, y el picacho que con él se hermana y en vez de amigo de padrastrero le sirviera, habiase presentado con buena recomendación á rico propietario del país, quien hizo un deber hospedarle en su casa y acompañarle en sus excursiones.

Aquella mañana después de un almuerzo temprano pero fuerte, dignamente humedecido con algunas botellas de rica malvasía, tomaron la senda que arranca del valle y culebreando por la roca viva llega al fuerte como sierpe que escala el nido del halcón.

Encaramado el inglés cual corneja en campanario, en lo que fuera torre del homenaje, sentado en sus escombros, con el álbum abierto sobre las rodillas, el lápiz en la mano y la vista en el paisaje, trazó apresuradamente sus líneas, emprendiendo luego la peligrosa bajada.

Adelantado el día y sin otro de que disponer el artista para completar á la vista sus bocetos, que deseaba aumentar con otros tomados del *Puig de las tres Creus*, caminaba deprisa esquivando á veces la vereda y resbalando muchas por la roca de ceniciento color y áspera superficie.

Comprendiendo el de la escopeta el peligro de aquellas sacudidas, gritó á su huésped cuando se reponía de una algo más violenta que las demás:

—Cuidado, Mister, no hagáis entrada de caballo siciliano, ni os adelantéis tanto, que hay más riesgo del que suponéis.

Volvió el inglés primero su encendido semblante y luego el cuerpo todo hacia el camino andado, borró de su traje sacudiéndole con la diestra las señales de la caída, echose atrás la gorra, limpióse con el pañuelo el sudor que por la frente le corría y aguardando á su huésped díjole con lijereza cuando á su lado llegaba:

—Peligros tenemos? serán sin duda ladrones? cómo no los acaban vuestros somatenes? Mas yo os aseguro, Sr. D. Pedro, que si ladrones hay, tendría un placer en que al paso nos salieran.

—Otro que no, yo,—replicó el llamado D. Pedro,—por sólo ese deseo os nivelaría con la generalidad de vuestros paisanos. ¿Tan desacordado me suponéis que sólo por gusto os expusiera y me expusiese á tan desagradables encuentros? No, Mister, mas pudiera abriros esa senda, por lo estrecha y resbaladiza, inesperada tumba como para otros la tuvo.

—¿Para otros decís?
—Un día, en esta última guerra, huyendo de los carlistas un pelotón de los nuestros, despenáronse muchos en la fuga, entre ellos un pobre tamborcillo, quedando al pie del monte y á la margen del Ter, mientras los demás le vadeaban, sentado, con la caja á la espalda y los brazos extendidos como si descansase. ¡Descanso eterno tuvo! estaba muerto...

Desde entonces llamamos á ese sitio, el mismo en que estáis, *El salto del tambor*.

Blackstone que tenía en todo más apariencia que realidad retrocedió algunos pasos con una seriedad desusada.

—Guiad pues, dijo, soy vuestro huésped y me atengo en todo á vuestro juicio.

—¿En todo?—preguntó sonriendo D. Pedro.
—Cuanto no ataña á la constancia femenina—repuso Blackstone, y añadió sonriendo á su vez:—como anoche os dije, repetiré con Sheakspeare, mi poeta favorito:

«Fragilidad, tu nombre es mujer.»
—También ha dicho Calderón, tan poeta y romántico como Sheakspeare:

«Pues la que constante fuera no olvidara si quisiera no quisiera si olvidara.»

Lo que prueba que en la mujer como en el hombre, cuando hay amor verdadero, hay constancia inquebrantable... y mucho y bueno sobre esto podría contaros... pero con la prisa habéis equivocado el camino y tropezamos con una hendidura que á ir solo dáis con ella como lobo en trampa.

Dijo D. Pedro reposando un instante y mostrando á su huésped un paso difícil.

Ancha grieta bajando perpendicular desde algo más arriba, cortaba completamente en aquel sitio la roca, en cambio recio arbusto arraigado en la parte superior, tendía sobre ella sus ramas cual fuertes brazos que brindan con su apoyo al transeunte.

—¡Lleuger! gritó D. Pedro llamando al galgo que se había hundido en la sima: salió de ella el perro dando á correr por la bajada, saltó tras él su amo, como si sólo veinte años contase y algunas libras menos de carne tuviera, y siguióle Blackstone asiéndose al arbusto del que tiró con fuerza antes para asegurarse de su solidez.

Pocos minutos habían pasado y ya tocaban las raíces de la sierra que cuando se comienza á descender, en la montaña, como en todo, la rapidez es inaudita.

Dejando á la izquierda la palanca del Pelut, atravesaron el río por la de Conangell y cruzando á más andar el llano emprendieron la subida de Roca prebera

—Pesadilla es la jornada; pero vos lo habéis querido,—dijo D. Pedro á su huésped viéndole pararse algo más allá de la ermita y limpiarse por centésima vez el sudor del rostro.

—No os duela mi cansancio, que por gusto mayores que este los tomo con frecuencia—respondió el inglés á tiempo que atronaron el aire los ladridos del perro.

Sorprendido Blackstone levantó los ojos, y á corta distancia, en un resalto de la tajada roca, de pie, teniendo á sus plantas el abismo y sobre su cabeza á modo de doselete el ramaje de un árbol en cuyo tronco parecía esculpida, estaba con la rueca en la cintura y el huso en la mano una mujer anciana, á quien saludaba el perro con alegres saltos y cortos ladridos. En aquel instante para huir sus caricias respaldábase contra el tronco vuelta hacia un lado la faz y el brazo con la manga doblada hasta el codo alto y con la diestra y el huso hacia arriba.

Una ojeada bastó al inglés para abarcar desde la alpargata de cáñamo y la media azul que calzaba la anciana, hasta el pañolito de luto que le cubría la cabeza y anudado bajo la barba le rodeaba el rostro.

—No os mováis, iba á decir abriendo su álbum, cuando rechazando la mujer al perro exclamó:

—¡Lleuger, déjame en paz, que no estoy para fiestas!

—¡Aquí, Lleuger!—gritó D. Pedro.
El perro obedeció á su amo, la anciana bajó de su altura y el cuadro se deshizo como un bello celaje al soplo de la brisa.

Entonces pudo observarla detenidamente el forastero. Era la mujer de fisonomía simpática, no muy alta; pero por demás esbelta y delgada, aunque sin esos ángulos salientes y dureza de líneas de las personas huesudas. La más exquisita limpieza resplandecía en su saya parda y algo corta, en el pañuelo de cuadros que le ceñía los hombros, y en el negro con que se tocaba.

—Buenas tardes, señor y la compañía, dijo la anciana trayendo hacia la rueca su huso y dejando paso á D. Pedro y el inglés.

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

(Se continuará.)

SOL PONIENTE.

¡Es un extraño placer!... pero si gozas, mujer, como distes en decir, del árbol que va á morir viendo las hojas caer,

Si amas la encendida rosa que viste ayer orgullosa codiciándola quizá, y que hoy miras temblorosa marchita á tus plantas ya:

Mientras la niebla pesada va cerrando el horizonte, que aún tiñe con luz dorada el Sol, vertiendo en el monte su postrera llamarada,

Mientras despiden al día con su dulce algaravía las golondrinas parteras antes de cruzar ligeras del mar la extensión vacía;

Ven á mi lado, mujer, de Otoño el cielo sombrío también me deleita ver, y tu corazón y el mío se llegarán á entender.

MANUEL DEL PALACIO.

CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

Después de algunas alternativas con la lluvia el sol se ha decidido á brillar, y nos está achicharrando. Los pobres parisienses condenados á no dejar á París soportan resignados sus rigores. Pase aun los domingos en cuyos días dirigen su vuelo hacia los bosques inmediatos, pero durante la semana, tienen que contentarse con la escasa sombra que les prestan los árboles de los jardines públicos y *squares*, y á falta de otra brisa que respirar, se solazan con el aire que se escapa de los instrumentos de viento. Este es el triunfo de las músicas militares. Toda la guarnición de París merece bien de sus habitantes, aun cuando no nos hace oír acordes de irreprochable perfección. Triste es por cierto que estos señores músicos carezcan de un quitasol, mientras sirven de ventiladores á los que van á aplaudirles!

La fiesta nacional del 14 de Julio será brillante este año. Por la mañana tendrá lugar la inauguración de la estatua de la República: en seguida la revista de Longchamps, en la cual, aunque no será de mucho interés, gracias al instinto de curiosidad innato en los franceses, se encontrarán seguramente dos ó tres mil almas que admirarán el desfile de los batallones, escuadrones, baterías y..., vendedores de horchatas. Por la noche tendremos espléndida iluminación del Palacio del Trocadero, á cuyos preparativos se da la última mano en estos momentos, y tal vez en mucho tiempo no se volverá á ver otro espectáculo semejante: el inmenso semicírculo que forman el palacio y sus anexos parecerá incendiado desde la base á la cima; además de las luces de gas

que se extienden á lo largo de las principales líneas de la fachada y de las guirnaldas y alegorías luminosas que ocuparán el centro de las bases, las dos torres que se ven desde todos los extremos de París exhibirán prodigios de iluminación. La cascada enriquecida con nuevos grupos y más de cuarenta jarrones decorativos, rematando en haces de luces, arrojará sus aguas en un verdadero raudal de luces multicolores. En resumen, la iluminación promete ser una maravilla.

Tendremos además cuatro castillos de fuegos artificiales, una fiesta veneciana en el Sena, y festejos de todas clases en todos los barrios; ferias, bailes públicos, representaciones gratuitas en los principales teatros, y en fin, un número incalculable de diversiones de cuya enumeración enojosa hago gracia á mis amables lectoras.

El perro es, como todos saben, animal muy elogiado. Se ha visto cantado, pintado, esculpido por un número de artistas en boga y ha servido muchas veces de alimento durante los sitios mencionados por la historia; circunstancia que constituía para los desgraciados hambrientos, su más justo título de celebridad.

Conocemos al perro de Tobías, al perro de Ulises, al perro de Alcibiades, al perro de S. Roque, negro como el perro de Cham, al ilustre Bigón, á D. Pepito y al perro Paco, pero importa mucho para honra de la raza canina, añadir á esta pléyade de inmortales cuadrúpedos, á León, el perro ahogador.

León ha sido celebrado en todo el departamento de la Gironda, después de la aventura siguiente de que fué héroe en París. Se paseaba con su amo una mañana por la acequia de la Reina. Oyense, de improviso, detrás de ellos gritos espantosos. Aparece después, á todo correr, un pequeño *bull-dog*, ó perro de presa, rabioso, con la boca espumajosa, perseguido por una docena de valerosos ciudadanos.

—Hé allí uno de mis congéneres que me parece ha de ser muy nocivo.... suprimámosle, pues, sin riesgo nuestro!... Tal fué seguramente la muy filantrópica reflexión que germinaría en el cerebro del bravo León, pues lanzose á la persecución de la bestia hidrófoba á la que alcanzó en algunos saltos. Sin detenerse la agarra por la piel del cuello entre sus potentes mandíbulas y manteniendo á su presa á un pie del suelo para no ser mordido, descende por un talud al Sena. Pronto se encontró en el río, y sumergiéndose al perro rabioso, le tuvo dentro del agua más de dos minutos; quiero decir que le ahogó concienzudamente.

Después de lo cual ganó bravamente la orilla. Ahora juzguen de la acogida que recibiría.

Visto que había salido ileso de la ejecución perruna, todos se disputaban el gusto de acariciarle, y León recibió, sin decir palabra, las felicitaciones de la multitud enternecida.

Uno de los presentes, en un arranque digno de alabanza, se dirige á la tienda de un tocineró y sale al poco rato con un enorme pedazo de jamón que el terranovense engul'ó sin los cumplimientos de costumbre.

No paró esto aquí, pues su amo le obsequió aquel día y los siguientes, con unos suculentos pasteles, como recompensa de su acto heroico.

Tales muestras de reconocimiento no dejaron de conmover profundamente al intrépido animal, demasiado profundamente, ¡ay! León, en efecto, haría la cuenta de que ahogar á un pequeño cofrade era operación productiva para su estómago, y desde entonces empezó á perseguir á todos los perros que salían del paso de andadura, y con precisión desoladora, repetía la faena perricida que emprendió con el *bull-dog*.

Ha costado ya más de seis mil francos á su amo, pues pasan de treinta las víctimas que lleva sepultadas en las aguas. El vapor que seguía á cada ejecución no ha podido correjirle, tan vivo estaba en su imaginación el recuerdo de los pasteles de honor.

Ahora... pasea por las calles el vergonzoso bozal. Hoy llora amargamente la esclavitud de sus quijadas; medita en los inconvenientes de sacrificarse por el bien de la humanidad y recuerda con profundos suspiros los magníficos pasteles.

Moral:—que es necesaria la templanza, aun para hacer el bien!

Ego.

MISCELÁNEA.

Los exámenes de las señoritas alumnas del acreditado Colegio de Isabel la Católica, sito en el Paseo de Gracia, á cuyo frente se hallan directoras tan ilustradas y competentes como las hijas de su fundador, Sr. D. Eusebio Font y Moreso, terminaron con solemnidad inusitada, en el acto de la distribución de premios. Nada más sensato, justo y provechoso que dar el realce posible á este ceremonial, por el noble estímulo y viva emulación que engendra en todos cuantos directa ó indirectamente contribuyen á sus satisfactorios resultados.

Entre los detalles importantes y dignos de atención y aplauso, mencionaremos la lectura que dos señoritas, Elvira Bartomeu y Remedio de San Germán, hicieron de un bien escrito diálogo entre «La niña y la Ciencia», en el cual se hallan los siguientes pasajes, que no deben quedar en olvido en las páginas de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER, por la relación que tienen con las cuestiones propias de su programa:

—«El libro y la pluma no se hicieron para la mujer. La mujer no necesita saber leer ni escribir; no necesita discurrir ni pensar... La aguja, la plancha, las

labores propias de su sexo, el gobierno y las haciendas caseras han de ser su único entretenimiento, sus constantes y exclusivas ocupaciones.»

—Y la ciencia responde: «Es decir, la mujer idiota: la mujer criada y vil juguete de los pasatiempos del hombre: la mujer, muerta á la vida de la inteligencia, muerta á las purísimas y nobles fruiciones del espíritu, muerta á la contemplación de lo grande y lo bello: la mujer, ignominiosamente relegada al limbo de la ignorancia: la mujer, humillada en su condición de ser racional y perfectible: la mujer, en medio de su abyección intelectual, desheredada de la regeneradora y benéfica influencia de la civilización moderna: la mujer, sin dignidad y sin independencia, restituida á los groseros tiempos de la antigüedad: en una palabra, la obra misma de Dios escarnecida y falsificada: la mujer, la hembra del hombre, no su compañera. No, y mil veces no, exclamando, y felicitamos á los padres que han visto altamente recompensados sus afanes por la educación de sus hijas.»

levantados ve acaso una reconvencción á sus groseras pasiones. Niña, rasga en tu mente el velo de la ignorancia, ama el saber. Menosprecia lo vulgar y fruslero; busca lo elevado y grande. En lo grande cabe lo pequeño, cuando lo pequeño es útil o necesario; en lo pequeño, no cabe sino lo pequeño. Atavía el entendimiento con las flores siempre lozanas é inmarcesibles de la instrucción. Aplícate, cultiva con cariño la lengua patria. Esmérate en expresar el pensamiento con la posible fuerza y elegancia; que tarea noble y digna de la inteligencia del hombre es dar una forma pulida y primorosa á la expresión de lo que piensa, de lo que recuerda, de lo que siente, de lo que desea. Mira con predilección el libro, siempre que el amor á la lectura se concilie, y puede conciliarse admirablemente, con el cumplimiento de tus deberes de mujer y no redunde en menoscabo de la atención á los quehaceres propios de tu sexo. Pero

miento, y felicitamos á los padres que han visto altamente recompensados sus afanes por la educación de sus hijas.

UNA ZAPATERÍA ELEGANTE.

Lo es sin duda la representada por el artista, y ha sacado todo el partido posible para el arte de una operación tan común como la prueba del calzado. El establecimiento respira elegancia, buen gusto y comodidad. El dueño y la apuesta y gentil doncella, su hija, se esmeran por complacer á la hermosa dama, probablemente parroquiana antigua, que, sentada en un cómodo taburete, acaba de probarse



UNA ZAPATERÍA ELEGANTE, dibujo de Etwall.

mó mi padre al terminar: el libro y la pluma se hicieron lo mismo para el hombre que para la mujer, del propio modo que Dios concedió la razón á la mujer como al hombre. ¿Por qué dotó Dios de inteligencia á la mujer sinó á fin de que la cultivara? Ofrecerás tú, como regalo, un diamante para que lo echen al fondo del mar? ¿Nada necesita saber nuestra madre, que guía y educa; nuestra esposa, que aconseja y conforta; nuestra hija, que ejercerá un día las funciones de hija y madre? ¡Error funesto! La mujer sin instrucción es una flor sin fragancia; es un árbol vistoso cuya fruta no llega á cabal sazón: es un sol apagado; es la luz fugaz del relámpago que no ilumina ni calienta; es la imagen peregrina de la Virgen en el altar; pero á quien falta la corona.»

«Cuando sonaren á tus oídos voces absurdas y necias que pregonan como un timbre de honor la ignorancia de la mujer, acoge con desdeñosa sonrisa semejante afrenta á tu sexo. Quien tal dice, insulta á la madre, á la esposa, á la hija. Como hijo, en su soberbia de hombre, tiene á menos recibir elocuentes lecciones de severa moral de boca de su madre, una mujer; como esposo, repugna á su orgullo el dignificar á su esposa cuyo espíritu ilustrado le molesta y humilla; como padre, le sonroja la superioridad intelectual de sus hijas, en cuyos sentimientos

tén presente que el libro, que es fuente de placer, no puede ofrecer atractivos sinó con la condición de que sea dado apreciar y saborear sus bellezas. Si tal logras con el estudio, si el libro es para tí un ramillete de flores del cual se exhalan exquisitos aromas, lo buscarás con afán, lo abrirás con gratitud, lo dejarás con sentimiento; porque el libro, consejero experimentado á la par que amigo cariñoso, despejará las sombras de tu entendimiento; ennoblecerá y elevará tus ideas; rectificará tu errado juicio; ensanchará el círculo de tus conocimientos; abrirá nuevos horizontes á tu necesidad de expansión, á tu sed de saber; te dará consejos para todos los actos y situaciones de la vida; te confortará en las horas de desfallecimiento; endulzará tus aflicciones y amarguras con inefables consuelos en ciertos momentos de soledad en que el hombre, solo ó casi solo en la tierra, abandonado de los seres más queridos, rodeado de sepulcros, con los ojos, es verdad, clavados en el cielo, pero henchidos de lágrimas, no le queda al contristado ánimo otro esparcimiento que el libro para llenar en parte el inmenso vacío del corazón.»

Es verdaderamente satisfactorio ver ideas tan elevadas con expresión tan magistral y correcta. Damos nuestro parabién á las señoras y señoritas de Font, y á los señores profesores de dicho estableci-

un par de zapatitos, hechos á la última moda. Algo debe molestar la nueva y estrecha cárcel al inocente pié, criado para más suave tratamiento; pero la moda es inflexible é impasible, y no quiere sinó abnegación completa por parte de sus secuaces. Si hay que perder el color, la fuerza y las formas; si hay que sufrir los crueles efectos de esos cilicios disimulados, con que mortifica el espíritu fervoroso de la religión mundana, se pierden y se sufren sin exhalar una queja, y ¿qué más? si es necesario, se muere por un corsé ó una botita estrecha.

Los lectores pueden adivinar el asunto de que tratan los tres personajes, porque en lenguaje mudo están hablando sus respectivas posiciones, y en estos casos en que el artista hábil y concienzudo, quiere dar á entender un mundo de variedades, no debe meterse á interpretar el cuadro ningún crítico, porque fijar el pensamiento equivale á disminuir la órbita.

Reservados los derechos de propiedad literaria y artística.

Barcelona: Imp. de LUIS TASSO Y SERRA, Arco del Teatro, 21 y 23.



Revista de Modas

Y SALONES

Suplemento al n.º 4 de «La Ilustración de la Mujer»

REVISTA DE MODAS.

Infatigable en su cometido de presentarnos á todas horas nuevos caprichos, la moda sigue ofreciéndonos multitud de modelos elegantes y sencillos donde elegir con completa libertad, el que más nos plazca, ó convenga á nuestra posición respectiva. Difícil, muy difícil nos parece, entre tal confusión, consignar en las columnas de LA ILUSTRACIÓN DE LA MUJER algunos modelos que respondan de un modo perfecto, á las necesidades y posiciones de nuestras lindas lectoras, pero lo intentaremos, procediendo con orden á la enumeración de algunos modelos y reglas generales del buen gusto.

Es digno por todos conceptos de llamar la atención, un lujosísimo traje de baile lucido por una aristocrática dama, cuyo nombre no estamos autorizados para revelar, en una espléndida fiesta, celebrada recientemente. El traje mencionado, era negro, entrando en su combinación el raso, el tul y riquísimos encajes; la armazón del vestido era de raso negro para que ofreciera la natural consistencia y preciosos encajes le cubrían por completo. En la parte inferior de la falda veíase un rizado, cortado á picos, cuerpo de talle redondo con plegados en pecho y espalda le completaba al par de unas mangas hasta el codo, y cruzaba la falda hacia el lado derecho un bias sujeto por un grupo de lazadas, las cuales, rodeando la falda subían á formar el *pouf* con grandes cocas. Gruesas perlas negras, encerradas en un marco de diamantes, adornaban la garganta, pendientes con la misma combinación de piedras preciosas ostentaba en las orejas, y formaba el único adorno de la espléndida y negra cabellera, un sencillo peine de diamantes.

Este modelo no está ni con mucho, al alcance de todas las fortunas, pero lo apuntamos para hablar un poco de todo. Afortunadamente, y más quizá en verano que en invierno, la mujer de buen gusto tiene donde escoger con suma facilidad, pudiendo echar mano de infinitos medios para parecer bien y hasta elegante, sin gastar más de lo que su posición le permita. Desde las telas granadinas y el raso que los hay con variedad increíble de precios, hasta el percal satinado y el percal sencillo de baratura fabulosa, pueden adoptarse infinitos y lindísimos modelos. Los percales se gastan mucho este año, pero debemos advertir á nuestras amables lectoras, que el percal á grandes ramos ha caído algún tanto en desuso adaptándose únicamente en los trajes de percal satinado; en los percales más inferiores, sin dejar por eso de ser tan elegantes como los satinados, se dejan á un lado los ramos, adoptándose para sustituirlos los cuadros, que ofrecen más novedad, y también los lunares, prefiriéndose los últimos á los primeros. Respecto al tono general del vestido, lo mismo en percales que en otras telas más lujosas, es de buen gusto que sólo se empleen los colores muy claros para jovencita, ó para trajes de teatro y concierto; las señoras que creen que por hallarnos en la estación veraniega pueden llevar durante todas las horas del día un traje muy claro, padecen un lamentable error. La moda en la actualidad y hace ya bastante tiempo, se inclina marcadamente hacia los colores oscuros, para trajes de calle, como lo más distinguido, y sólo prescinde de esta acentuada tendencia, cuando se trata de una jovencita, pues parece que en esa encantadora edad de la vida, todo sienta bien y todo encanta.

En la anterior revista dimos cuenta á nuestras queridas y amables lectoras de la idea general á que obedece la creación de la moda; en ésta y en las sucesivas nos dedicaremos á desentrañar algunos detalles de la vida doméstica y áun social, que tienen relación directa con la mujer, siendo de su sola y exclusiva incumbencia. De este modo, perseverando en la idea ya iniciada emitiremos nuestra opinión y nuestros consejos, en lo que valgan, respecto á la vida, mirándola bajo sus múltiples faces, creyendo que haciéndolo así, consagrando á este objeto una parte importantísima de nuestras revistas de modas, seremos más útiles al bello sexo que no presentándole multitud de modelos donde elegir sus trajes. Parecemos que antes de vestir al cuerpo con los dones de la fantasía y del capricho, importa adornar el alma con nobles

sentimientos y enriquecerla con ideas generales sobre la vida, cosas ambas importantísimas para la felicidad del hogar y algunas veces desdenadas con sobrada ligereza.

Ahora bien: si en la elección de los colores, modelos y adornos que componen los atavíos femeninos, se nota en seguida, al primer golpe de vista, el buen gusto que posee la mujer, como en el mundo y en la vida social todo es armónico y relativo, también, y quizá más que en los vestidos, se nota la distinción de las familias en el modo de amueblar la casa. La mujer de alta esfera puede permitirse el lujo de reunir esos mil objetos de puro adorno, que ofrecen el capricho y las artes á costa de grandes dispendios de invertir en ellos sumas fabulosas, pero la mujer de la clase media prudente y juiciosa, podrá con muy poco esfuerzo arreglar su casa con muebles que sin ser costosos, no por ello son menos elegantes y de

conocer siquiera á sus dueños, con sólo fijarse en los muebles, hasta y sobra para formar juicio de quien la habita, y es verdad, el buen ó mal gusto de las personas, se refleja en todo, desde el traje hasta los muebles, desde los hijos hasta los criados. De todos estos puntos de vista nos ocuparemos cumplidamente por lo que se refieren á la mujer, pues ya hemos dicho y repetido, que en nuestras revistas de modas queremos hermanar lo bello con lo útil y añadir una piedra, siquiera sea casi invisible por lo pequeña, al edificio que los tiempos modernos elevan para colocar en él á la mujer rehabilitada y en pleno uso de sus brillantes facultades. Diremos también en nuestras sucesivas revistas, la manera que nos parece más propia para adornar una casa, de qué modo debe la mujer cuidar de la educación de sus hijos, la táctica especial que exigen los criados, algo concerniente á la confección de la

ropa blanca y más adelante, elevándonos á otras esferas, como puede, finalmente la mujer, dedicarse á cultivar las bellas artes, las ciencias y todos los elementos de que dispone la vida moderna.

Entre tanto y para cerrar esta revista diremos algo sobre un punto de la belleza física que merece especial predilección por parte de la mujer. Nos referimos á la belleza de las manos, de las cuales cuida con tanto esmero toda mujer delicada. Por lo mismo que las manos se lucen tanto, precisa cuidarlas con especial esmero, y comprendiéndolo así, la perfumería moderna ha propagado multitud de pastas para embellecerlas, pastas que las más de las veces surten contrario efecto del que se proponen las que las usan.

Partiendo, pues, de este principio, lejos de aconsejar á nuestras bellas lectoras las pastas que con pomposos elogios y retumbantes títulos, anuncian diariamente los periódicos, les dará mejores, mucho mejores resultados, el régimen y la pasta que de acuerdo con la higiene, nos permitimos recomendarles para la conservación de las manos y es como sigue:

Aceite de almendras dulces, 400 gramos, Glicerina 100, Miel 400, Agua de rosas 100, Crema de jabón 500, Silice en gelatina 100, Esencia de rosas 10 gotas. Mezcladas estas sustancias se obtiene la pasta que pueden usar nuestras lectoras sin temor ninguno pues todos los componentes que entran en ella son absolutamente inofensivos.

Principalmente debe evitarse que se vean en las manos cortaduras ó contusiones puesto que esto las afea mucho así como abstenerse de manejar sustancias ácidas ó cáusticas y cuerpos duros, y no exponerlas de un modo repentino del frío al calor, porque estas variaciones irritan los tegidos cutáneos endureciéndolos considerablemente.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

1 y 2. Trajes de campo y de carreras de caballos.

1.—Falda de tafetán glacée rosa y verde con un solo volante á picos y fruncido; las cintas que rodean esta falda y que se sujetan por medio de escarpelas, son de raso verde-bronce, lo mismo que las que adornan la túnica en la cintura y cuerpo. La túnica y el cuerpo son también de tafetán glacée rosa y verde adornado de rico encaje blanco. Collar de terciopelo bronce. Sombrero redondo de paja de Manila, forrado y adornado de raso verde-bronce; grupo de frutas colocado de frente.

2.—La falda es de *Surah* azul pálido cubierta por cuatro volantes, también de *Surah* que terminan por un encaje blanco y cosidos á doble pliegue cuadrado. Segunda falda ó túnica del mismo género *drapé* y levantada muy alta por detrás. Cuerpo de seda azul pálido, salpicado de medias-lunas azul oscuro; todo al rededor del cuerpo un rizado de tafetán cortado, azul claro y oscuro. Capota medio *cabriolé* de paja gris, adornada de raso azul oscuro con ricas plumas azul de dos tonos.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

1.—Traje de tisú y encaje.—Generalmente estos trajes se hacen sobre falda negra, túnica de encaje con transparente rojo ó sólo de encaje blanco, ó de color crudo sobre fondo claro ó oscuro; pero sobre negro es lo más elegante y lo que más han escogido las señoras de buen gusto. Nuestro número 1 está hecho de encaje con transparente rojo sobre una falda de raso negro maravilloso. La túnica se levanta por medio de lazos de terciopelo rojo oscuro y más claro, de manera que formen 3 tonos distintos del mismo color. El plegado de la falda tiene



1 y 2.—Trajes de verano de Señora y niña.

buen gusto. Lo primero que debe procurarse en el hogar doméstico es que la comodidad reine en él, el dulce atractivo del aseo, el irresistible ímán del orden; todo esto se halla recomendado á la mujer, es de su exclusiva incumbencia que la casa se haga agradable á los amigos y atraiga con poderoso encanto al marido, porque indudablemente es lo más seductor de la vida, lo más grato, que después de sostener agitados combates en el palenque social, halle el hombre en el hogar dulce solaz y agradable reposo, debido á los solícitos desvelos de su bondadosa compañera; creemos que este es el único orgullo verdaderamente noble y grande á que puede aspirar una mujer.

Ha dicho un célebre escritor, que al entrar en una casa sin

Capota medio *cabriolé* de paja gris, adornada de raso azul oscuro con ricas plumas azul de dos tonos.

Capota medio *cabriolé* de paja gris, adornada de raso azul oscuro con ricas plumas azul de dos tonos.



Números 3 á 11.—Gran panorama de trajes de ceremonia y de boda.

50 cents. de alto y el del borde formando volante 11 cents. La túnica *drapé*, se corta de 60 cents. de larga y se adorna en el borde, con un encaje de 10 cents. de ancho fruncido y cosido á la túnica sin ningun otro adorno; el *puf* se hace más ó ménos ancho y la cola que forma el *puf*, muy corta y muy ancha. El cuerpo-chaqueta se rodea de dos volantes de encaje fruncido: rodea el cuello un pequeño encaje y se cierra por delante con botones muy juntos. En el lado derecho un rico lazo de terciopelo sujeta por una hebilla de perlas finas que pueden ser de diferentes formas.

2.—Traje con cuerpo paletó para niña de 3 á 5 años.—Este traje se hace de satinete estampado con dibujos de colores diferentes, sobre fondo color crudo, adornado de terciopelo color oliva y de un encaje puesto en transparente al rededor del paletó que está abierto por delante sobre un chaleco del mismo género. La falda plegada tiene 25 cents. de alto y los lazos del hombro son de terciopelo estrecho.

Números 3 á 11.—Gran Panorama de trajes de ceremonia y de boda.—3.—Este elegante traje es de seda tornasolada, verde y encarnada: los 4 volantes que le adornan, se cortan en

picos dentados de 5 cents. de alto y con la cabeza bullonada de 20 cents. de largo: se colocan por delante en forma de delantal. La túnica de *paniers* y la guarnición del cuerpo están sembrados de pequeños ramitos brochados en la tela que es de tisú; el *puf* hueco y bien redondeado se forra con la tela brochada y se rodea de un ancho bias; esta túnica se monta fruncida en la cintura; el cuerpo es de punta delante y detrás y rodeado de un vivo: un plegado estrecho de raso adorna el bajo de la falda: una graciosa pañoleta anudada en el pecho completa este gracioso traje.

4.—Traje de encaje con larga *draperie*.—La falda y el traspié del cuerpo son de raso color granada: el encaje y los lazos de raso de color crudo; el volante tiene 11 centímetros de alto; la túnica está rodeada de un encaje fruncido y levantado por los lados, por grupos de pliegues con lazos; el cuerpo va adornado por delante, por un bullonado á los dos lados del pecho.

5.—Traje con chaqueta larga para niña.—El plegado del cuerpo es estrecho y de batista cruda; el bordado que adorna este traje tiene 10 cents. de alto y 4 el que rodea el cuello. Este traje es rojo oscuro y el sombrero se guarnece de terciopelos estrechos y de una larga pluma. Los volantes bordados pueden hacerse fruncidos ó plegados.

6.—Traje con volantes plegados en forma de almenas con polonesa corta.—Este traje es de *fular* rosa pálido sem-



19.—Traje con cuerpo paletó para niña de 6 á 8 años.



Números 12.-16.—Trajes para niños de uno y otro sexo de 2 á 8 años.



17 y 18.—Trajes de paseo para niñas de 4 á 8 años.

brado de rosas á medio abrir; el cuerpo se abrocha por detrás con corchetes; por delante está adornado de pliegues anchos desde el cuello hasta la punta; la túnica se hace de forma *echarp*, plegada y levantada muy alto por los dos lados por medio de pliegues; la manga corta terminada por un rizado; la falda va adornada con tres volantes; largos mitones calados de hilo ó seda.

7.—Traje de raso estampado.—La falda de este modelo es de raso estampado color camafeo y plegado de alto á abajo. La tela está dispuesta de manera que termine la falda una larga guirnalda; el cuerpo-blusa se hace de la misma tela; la manga cortada al hilo y plegada en el hombro y debajo adornándola un volante doble de encaje y un lazo de terciopelo; la túnica *echarp* plegada atrás se completa por un *puf* muy ancho; esta túnica ha de tener 290 cents. de ancho por 120 de largo. El adorno de la cabeza de este modelo es muy original y elegante. Se compone de un *echarp* de encaje plegado sobre una forma de capota y se ata debajo de la barba; adornándola un rico ramo de rosas con hojas y capullos.

8.—Traje con larga túnica *drapé*.—Nuestro modelo está hecho de *respón* de la China color fresa, adornado de encaje color crema; la falda termina por estrechos volantes plegados y el delantal va cubierto de volantes de encaje de 12 cents. de alto; el plegado cruza por delante; uno de los lados muy largo forma

paniers plegado se corta de 95 cents. de largo y 75 de ancho. Se levanta sobre el *puf* el cual tiene 80 cents. de largo, guarniciones de encaje en el cuello y las mangas; el velo de *tul de ilusión* cubre la corona de capullos de flor de azahar.

11.—Traje de tisú estampado.—Este traje es una preciosa combinación de 2 géneros de tisús. El uno liso, color rosa amarilla, y el otro estampado de diferentes dibujos, color marrón. Va adornado por delante de un alto plegado á grandes pliegues de 70 cents. de alto, y una doble *draperie echarp* levanta por los lados y termina atrás por un *puf* muy ancho que se pliega en forma de gruesos bullones que se juntan por debajo del pico del cuerpo. El pecho va adornado de pliegues de raso; manga estrecha con vuelta de solapa.

12.—Traje con blusa plegada para niño de 5 á 6 años.—El pantalón corto y ancho es muy confortable para el calor. Se hace de tela de rayitas menudas, ó bien azules y blancas ó azules y gris. La blusa, con cuello vuelto, se hace de la misma tela. Cuello de camisa ancho y bajo se cierra por una corbata azul y blanca. Zapatos con lazos y cinturón de cuero con hebillas.

13.—Traje de marinero para niño de 7 á 9 años.—Este traje se hace ó de lanilla muy fina ó de tela de hilo. La blusa va abierta sobre el chaleco *plastón* y sujeta á la cintura. Pantalón corto cerrado ó nó á la rodilla. Gorra adornada con un *pom-pom*. Nuestro modelo está hecho de lanilla azul oscuro con adornos azul más claro.

14.—Traje princesa para niña de 7 á 9 años.—La falda se corta muy ancha y se hace á grandes pliegues, uniéndola al cuerpo *Princesa* que se corta muy largo y se adorna con un *plastón* ricamente bordado en *Soutache*, como igualmente las solapas y vueltas de las

mangas. La *echarpe* se pliega de modo que figura una túnica levantada por los dos lados y formando *puf* atrás. Este traje se hace de velo ó de *fular* liso y el bordado *Soutache* de un color que resalte bien del fondo del vestido. Dos hileras de botones á los costados del *plastón*.

15.—Traje de raso para niño de 2 á 4 años.—Este traje de raso granate oscuro de forma *Princesa* va guarnecido de un espléndido encaje ó de un *quipure* puesto en transparentes.

16.—Traje escotado para niño de 1 á 3 años.—Este traje se hace de batista; el cuerpo plegado por pliegues muy finos; el escote va adornado de un entredós bordado así como la manga: lazos de raso en las mangas: una banda también de raso, atada atrás.

No permitiéndonos la falta de espacio terminar en este número la explicación de los grabados de esta plana, lo haremos en el inmediato.

Barcelona: Imp. de Luis Tasso y Serra.

revés hácia atrás; el 2.º por medio de pliegues forma *paniers*; el *puf* se une por el costado del delantal por medio de un lazo de cinta; cuerpo en punta con *plastón*, abotonado; camiseta bullonada de batista y mangas hasta el codo adornadas por 2 pequeños volantes plegados y un lazo de cinta.

9.—Traje cuerpo-chaqueta.—Nuestro modelo se hace de raso de América ó de China de diferentes colores; el cuerpo de este elegantísimo traje, va adornado de un *plastón* camiseta con pliegues en forma de abanico; esta forma es muy graciosa y sienta muy bien sobre todo á las personas esbeltas; la manga es ancha y fruncida en el hombro. La falda va adornada de una ancha cenefa bordada y de 2 plegados de 5 centímetros de largo. La túnica se recoje á los lados y se sujeta con grandes corchetes de bronce puestos al revés. El bordado de la falda se puede hacer de seda de colores.

10.—Traje de desposada con cola cuadrada.—Este traje se hace de finísima cachemira blanca; la falda va plegada de alto á bajo y la cola cuadrada de rico raso blanco se corta de 2:0 cents. de largo y 98 de ancho rodeada de un volante de pliegues anchos de 9 centímetros de alto. El



20.—Traje blusa para niña de 6 á 8 años.